

ciembre de 1930. La primera, salvo violencias aisladas, fué pacífica. La segunda quedó frustrada por la tibieza de los dirigentes sindicales. Los directores del partido Socialista y de la Unión General de Trabajadores, que siempre han ido de acuerdo, no creían en la eficacia de la insurrección armada. En el congreso que el Partido Socialista y la U. G. T. celebraron en 1933 hubo un cambio de dirección y de táctica. ¿Por qué?

Uno de los motivos que más influyeron en este cambio fué el aniquilamiento del partido socialista alemán a principios de 1933. Era la bancarrota del evolucionismo democrático. Contra lo que se había pensado, el fascismo significaba mucho más que una simple peculiaridad italiana. Por primera vez se reconocían sus rasgos universales. El fascismo, como luego ha dicho el publicista francés Rosenstock Franck, —«La economía corporativa fascista en doctrina et en fait»— representa la socialización de las pérdidas del capital. Para aliviar la crisis económica había que reducir los salarios y prohibir las huelgas. Consiguientemente, había que suprimir (era el método más sencillo y radical) las organizaciones fundadas en la lucha de clases.

Los socialistas españoles tuvieron ya en 1933, la intuición de que el fascismo trataría de imponerse en todos los países y también, por lo tanto, en España. La propaganda de los partidos de la derecha, en las elecciones de noviembre, confirmaba este presentimiento. Declaraban sin embozo esos partidos que su propósito, si venían en las urnas electorales, no se limitaría a someter en el parlamento a los socialistas, sino a destruir su fuerza política y sindical en todo el país, barriendo por la fuerza sus organizaciones. La amenaza se ha ido cumpliendo. Los gobiernos minoritarios, manejados a su antojo por los partidos de la derecha, fueron destituyendo todos los ayuntamientos donde había mayoría socialista. Se clausuraron numerosas casas del pueblo de filiación socialista. Se persiguió, con saña sin precedente ni en la monarquía, a la prensa socialista, multándola con sumas enormes, y recogiendo casi a diario sus tiradas. Ultimamente, con el pretexto de un contrabando de armas y el hallazgo por la policía de unas pistolas y bombas en la Casa del Pueblo de Madrid, guardadas allí para defenderse de un probable ataque de la Falange Fascista, se pidió la disolución de gran número de sociedades obreras; los tribunales de justicia han fallado posteriormente en ese sentido. Se cumplía el programa de Acción Popular y otros partidos afines.

Ante esos hechos y al ver como se deshacía o burlaba la modesta legislación de la república, obstaculizando la Reforma Agraria; consintiendo que las órdenes religiosas siguieran con sus colegios de enseñanza, contra lo que dispone la Constitución; restaurando en el campo los jornales de hambre; amnistiando a todos los monárquicos y permitiéndoles reingresar en el servicio del estado republicano; restableciendo otra vez un presupuesto del estado para el clero, lo que también era inconstitucional, la desilusión del proletariado de la república a los tres años de instaurada, no tuvo límites. Porque todo eso y lo que seguramente había de venir como complemento era el fascismo, no franco y rudo, de abajo arriba, de la calle al poder, como el de Italia y Alemania, sino astuto y soslayado como el de Portugal y Austria y otros países donde influye poderosamente el Vaticano.

La lucha era inevitable, incluso sin posibilidades de victoria. La insurrección austríaca en febrero de 1934, lejos de amilanar al proletariado español, le encendió de entusiasmo. La consigna fué esa: antes caer vencidos como en Austria que ser pulverizados sin lucha

como en Alemania; las derrotas heroicas son siempre fecundas; la historia está tejida de etapas dolorosas, de fracasos momentáneos, que preparan, y sólo ellos hacen posible el triunfo de mañana; se recordaba la revolución rusa de 1905 sin la cual, tal vez, no hubiera sido posible la de 1917. Este espíritu de combate había prendido sobre todo en las juventudes obreras, muy saturadas de propaganda comunista y especialmente trotskista, incluso en las afectas al socialismo. Puede decirse que la revolución ha sido obra de las juventudes proletarias. La mayoría de los líderes adultos o se apartaron del movimiento o fueron a remolque de los jóvenes, con poca fe y decisión. Ha habido excepciones magníficas que ahora no sería discreto nombrar porque los jueces andan todavía afanosos buscando un comité central o altas responsabilidades personales sobre quienes se descarguen las iras de la ley y de una sociedad empavorecida. Cuando se puedan conocer todos los detalles de esta extensa y honda insurrección, se verá que las juventudes obreras, ellas solas, la hubieran desencadenado aún contra la voluntad de los dirigentes sindicales. Ha sido un movimiento incontestable, de abajo arriba, de una masa que no estaba dispuesta a dejar pasar sin batalla al fascismo. La tensión revolucionaria había llegado a tal extremo, que si no estalla, el proletariado de tendencia socialista hubiera roto sus cuadros sindicales y se hubiera incorporado a los de carácter comunista o anarco-sindicalista. Ese proletariado, hasta ahora pacífico, exigía el bautismo del fuego, como el comienzo de una nueva actitud histórica.

Ejército bisoño en este linaje de lucha, la huelga adoleció de los defectos que caracterizan a toda fuerza no fogueada y poco preparada técnicamente. Una revolución moderna, si quiere triunfar, ha de planearse como una guerra: otra cosa es mero blanquismo o motín sin consecuencias. Una revolución necesita, no sólo de directores políticos, sino también de directores militares. En la española han faltado. Y si los había, ¿por qué no participaron en el movimiento? Tampoco sería oportuno ahora y aquí dilucidarlo. El hecho es que faltó esa dirección. De allí su debilidad técnica hasta en las zonas donde fué más intensa, como Asturias, León y el país Vasco. Los revolucionarios de esas provincias, mineros en su mayoría, apenas combatieron más que con dinamita en cuyo manejo eran maestros. Los asturianos disponían de fusiles y cañones, pero conocían mal su funcionamiento y carecían de municiones abundantes. En sus objetivos y en sus movimientos de masas cometieron grandes errores, que bajo la dirección de unos cuantos oficiales del ejército se hubieran evitado fácilmente, poniendo en grave aprieto a las tropas del gobierno.

La insurrección se polarizó en las montañas mineras del norte. La favorecía el terreno abrupto de esas regiones y el carácter viril de esas razas cantábricas, doblemente endurecidas por el medio natural y por el trabajo ciclópico de las minas de carbón y hierro. En las ciudades fué menos intensa, por estar mejor defendidas y ser más difícil la concentración de grandes masas armadas. En Madrid, donde pude comprobarlo, salvo dos o tres tentativas de asalto a algunos cuarteles, la lucha se sostuvo entre la fuerza pública que estaba en las calles y los revolucionarios que disparaban desde las terrazas y los balcones. Esta táctica parece inútil, pero no hay duda que, prolongada, acaba agotando los nervios de la fuerza pública: a los tres días los Guardias de Asalto estaban moralmente deshechos por la hostilización de un enemigo invisible.

La sorpresa de la huelga en sentido negativo fué el campo. La Castilla central, Extremadura, Andalucía, el

Levante, Aragón, respondieron a la huelga pero con poca o ninguna violencia. A dos motivos hay que atribuir esta relativa defección revolucionaria. Uno fué a desilusión y el resentimiento que en el ánimo del proletariado campesino dejó la huelga general que la pasada primavera organizó en toda España la Federación de la Tierra, perteneciente a la U. G. T. Los dirigentes de la U. G. T. y del partido socialista no prestaron a esa huelga el apoyo moral y material que los campesinos esperaban, por considerarla inoportuna e ineficaz, como así ocurrió. Sin el concurso de los otros sindicatos, la huelga se desmoronó rápidamente, debilitando la Federación de la Tierra y sembrando el abatimiento en los campesinos, que se creyeron abandonados. Ese estado de espíritu explica la tibieza insurreccional con que tomaron parte en la huelga de Octubre; para ellos era demasiado tarde: del mismo modo que su huelga de la primavera había sido prematura y mal aconsejada para el resto de los sindicatos.

Otro motivo fué la insolidaridad de anarquistas y sindicalistas en las provincias, donde cuentan con importante fuerza propia. No evitaron que la huelga fuera general, pero no quisieron imprimirle carácter revolucionario. También en esta actitud pacífica hay una raíz de resentimiento: era la represalia o respuesta que se daba a las organizaciones socialistas por no haberse sumado éstas a ninguno de los cuatro levantamientos armados que durante la república había promovido el anarco-sindicalismo. Al propio tiempo hay que tener en cuenta que los dirigentes sindicalistas y anarquistas no podían contemplar con buenos ojos el cambio de táctica de los sindicatos socialistas, por temor de que éstos arrastrasen a sus masas, como ya está ocurriendo.

Sólo en el norte hubo unidad de acción entre todos los sectores obreros socialistas, comunistas, sindicalistas y anarquistas—, otro motivo además de los indicados, que explica la extraordinaria intensidad de la insurrección en esas regiones y la variedad de caracteres con que se definió en los pueblos donde dominaron, singularmente en Asturias. En unos se abolió la moneda, y se proclamó el comunismo libertario, dos rasgos típicamente anarquistas. En otros se instaló el soviét, hecho notoriamente comunista. En los más predominaron los socialistas que supeditaban su triunfo local, claro es, a la suerte del estado central, pero vencida Cataluña y contenida la insurrección en Madrid y en la mayor parte de las provincias, el desenlace de la lucha en Asturias estaba previsto: el dominio de la rebelión era cuestión de tiempo.

Sin embargo no es de presumir que el gobierno, ni los partidos que le apoyan, esté satisfecho de su victoria, que mucho nos equivocamos, o será una de las victorias más pírricas que ha tenido un gobierno. En primer término, porque habiendo sido en conjunto bastante débil la insurrección, por las razones apuntadas, se puso de manifiesto también la enorme debilidad del Estado. La Guardia Civil, a pesar de su probado valor y su férrea disciplina, fué arrollada en casi todas partes en donde hubo lucha en el campo. Los Guar-

dias de Asalto no hubieran podido resistir ocho días de tiroteo en las ciudades. Pero la gran debilidad del Estado se reveló en el temor de hacer uso del ejército, salvo pequeños contingentes en Asturias y en Cataluña contra la Generalidad. Como la lealtad de la mayoría de los soldados de fila y de una buena parte de los suboficiales a un gobierno como el de Lerroix era por lo menos dudosa, preventivamente se la retuvo en los cuarteles, ni siquiera se intentó apenas emplearlos en los servicios de Transportes y otros públicos.

La represión corrió a cargo de tropas mercenarias traídas de Africa, del Tercio, originariamente formado por extranjeros, aunque ahora está limitado su número, y de Regulares, o sea soldados marroquíes al servicio de España. La ferocidad de estas dos fuerzas es proverbial. Pues a ellas hubo de recurrir el gobierno para sofocar la insurrección en Asturias. Los moros no pudieron llegar a esta región durante los siglos VIII al XV en que invadieron y dominaron en España y fué precisamente en un lugar de los montes asturianos, en Covadonga, donde se inició la reconquista. Ahora entraron por mar en Asturias, llamados por los antiguos cristianos y a sueldo de la república para combatir a los nuevos infieles: los mineros revolucionarios. Este hecho sin ejemplo en la historia de ningún país, ha escandalizado incluso a muchas víctimas de la revolución. Las atrocidades cometidas por el Tercio y los Regulares, no sólo durante la lucha sino después del armisticio, escandalizarán al mundo cuando se conozcan. Rara vez ha sido tan brutal el terror ejercido por un gobierno. Los tradicionalistas se han quejado siempre de la leyenda negra que los extranjeros habían tejido sobre España: pues frente a estos hechos, ya no ignorados, todas las leyendas negras son pálidas.

Y el terror tampoco aterra. Mata a unos; pero los supervivientes, lejos de intimidarse, crisan los puños de ira y esconden el fusil para mañana. «Hoy nos han vencido; otra vez será», dicen los fugitivos. El valor y el espíritu de combate de esa gente son infinitos. «Con estos hombres— aludiendo a los revolucionarios—, yo conquisto Europa» declaraba, según una anécdota, un oficial de las tropas gubernamentales, poseído de irrefrenable entusiasmo ante la resistencia. Con hombres así se puede conquistar todo, menos a ellos mismos. Ahora quieren desarmarlos, pero las armas más fuertes las llevan en sus conciencias de visionarios indomables. La guerra civil sigue en pie. Todos lo dicen: la deposición de las armas es solo una tregua.

Las guerras civiles españolas del siglo XIX fueron luchas sangrientas de unas oligarquías contra otras; ésta de ahora es la guerra del proletariado contra las oligarquías, contra las antiguas monárquicas y contra las nuevas republicanas, unidas por el común denominador del fascismo. Las derechas no han querido que en España hubiera una moderada república liberal y democrática; la réplica ha sido la revolución de Octubre. Una revolución que ha empezado, pero que no se sabe cuando ni cómo terminará. Para una solución media, para una restauración de la república del 14 de Abril, probablemente es ya demasiado tarde.

